*Universalidad del **rock**; miedo al **rock***

Rubén Olivera

Sobre rock

Como se sabe la música no es un lenguaje universal. Quizás sea incluso el más regional de los lenguajes. Por lo menos más regional que otro lenguaje que también se compone de sonidos: el verbal. Todo nuestro continente habla español y sin embargo tiene músicas muy diferentes. A veces podemos oír música de algunas regiones sin siquiera darnos cuenta que esos extraños sonidos son considerados como música por quienes los producen. Otras veces, cuando escuchamos algo que podemos reconocer como música se presenta un problema: lo que nosotros oímos con nuestros parámetros no tiene nada que ver con lo que oyen ellos. Pensando en nuestro caso: una murga oída por europeos y por uruguayos va a sonar pintoresca y extraña para los primeros y con infinitas connotaciones culturales para los segundos.

El "lugar común" al que estamos criticando diría que un japonés y un uruguayo no conseguirían comunicarse por el lenguaje verbal, pero a través del lenguaje musical sí. Esto es falso. Pero hay ciertos productos que sí han logrado universalizarse. Provienen de los centros de poder y apoyados en su dominio económico han entrado a través de la difusión masiva. Tenemos así al **rock**. Fuera del ámbito musical ocurre lo mismo con la Coca Cola o con el **blue-jean** por ejemplo. Aquí se dijo que "han entrado" a través de las multinacionales, porque para haber logrado quedarse el proceso fue más complejo. No necesariamente permanece lo que tuvo un mayor apoyo financiero en su comienzo. Esta es la parte racional de la existencia de esos productos, pues generalmente lo seleccionado por determinados sectores de la comunidad cubre alguna necesidad social, ya sea ésta espiritual o material.

Algunas personas sienten un subliminal y divertido sentido de culpa por disfrutar del gusto de la Coca Cola o aceptar la utilidad del vaquero Lee, cuando en realidad lo que se rechaza es la connotación ideológica alienante de la propaganda ("vive la vida" con la primera y "sé libre" con el segundo). La impotencia de sentirnos manipulados nos carga contra los productos, a pesar de que, quizás, igual nos serviríamos de ellos si las circunstancias variaran.

Marx reflexionaba, refiriéndose al "fetichismo de la mercancía", acerca de cómo las relaciones entre objetos suplantaban y escondían a las reales, o sea a las relaciones entre los hombres. Hablando del **rock** podríamos decir que las notas, así como las armas, no tienen ideología, pero los hombres, que son quienes manejan ambas, sí. Se pueden entender entonces los prejuicios que provoca en algunos un movimiento de **rock**, olvidando a veces que en los países originarios surgió y sigue siendo, por temporadas, sumamente contestatario. El poder, claro, ha logrado encontrar canales para absorberlo y –dándole ribetes meramente circenses (siendo aún esto disfrutable, dado que el circo es siempre un espectáculo divertido)– quitarle potencia como lenguaje musical en permanente desarrollo.

El temor de quienes rechazan lo roquero está dado porque casualmente cuando los pueblos pierden su sentido de pertenencia a un grupo y con ello sus caracteres distintivos, es cuando empiezan a pensar, sentir y soñar como el dominador (o viceversa). Cuando se organizan grandes festivales roqueros uno puede olfatear que algunos de los intereses que hay detrás son los de potenciar un mercado de determinados productos (Coca Cola, remeras, discos, ropa en general, etc.) y a la vez crear una vía de escape de energía no peligrosa para el sistema, distraer la atención.

En todo el mundo se ven jóvenes de rasgos asiáticos, de indígenas latinoamericanos, o nórdicos, armando grupos, disfrutando del **rock**, pintándose el pelo, vistiendo todo de negro, con uniformes militares o con lo que sea. Todo esto está muy bien y no es distinto a usar sombrero, corbata o el jopo con gomina. Quizás sea un poco más caro nomás. La pregunta de por qué en Europa o incluso en Uruguay no logran disfrutar y "coparse" por el **swing** de la murga, o por qué no andan pintados como murguistas por la calle, ya está respondida por la unidireccionalidad del universalismo que promueven las multinacionales. Lo importante a tener en cuenta es que esto por ahora es irreversible y que de nada sirve el mero acusar, enojarse, negar o tratar de explicar a alguien teóricamente los trasfondos de un fenómeno que ha mamado en forma emotiva. Por otra parte el ritmo de **rock**, pobre, no tiene la culpa y aún más: lo que el sistema pretende no tiene por qué darse linealmente. Esto nos lleva a hacernos una pregunta. **¿Realmente se oye al** rock **igual en todos los países del mundo?**

En realidad todo lo que es transplantado de un lugar hacia otro sufre un cambio sutil y el **rock** no escapa a esto. Las costumbres por más que se quiera no son las misma, la situación en la cual empieza a desarrollarse no es la misma, las influencias que a su vez recibe pueden ser variadas. Además nos enteramos que no siempre lo que nos llega de afuera es lo mejor (aquí ya funcionan unos cuantos filtros) y que generalmente lo que llega lo hace con un buen retraso. Uno tarda en encontrar ejemplos válidos. Después cuando se quiere reproducirlos vemos que pocas veces se puede sonar igual que ellos y cuando se logra, ellos ya están sonando distinto. Mantenemos así una cuota de frustración permanente. Los instrumentos, aparatos, equipos de audio que usamos, casi nunca logran el nivel técnico de lo que escuchamos, aunque más no sea para mantener algunos elementos del juego (como ser que, sin sacrificar la calidad de sonido, se pueda tocar con los suficientes decibeles como para que la onda sonora logre el efecto físico de vibración de los cuerpos de los que escuchan, afianzando la excitación colectiva).

DIBUJO DE DOMINGO FERREIRA

Cuando se van a hacer letras se cae en la cuenta de que la percepción que tenemos de una canción de **rock** es parcial, ya que al no comprender nada por estar cantada en inglés, la voz suena como un instrumento más (no se manejan sino nociones vagas de "que en la vida y en la sociedad anda todo mal", como idea general a ser utilizada). Así, en definitiva no oímos el **rock** como ellos lo escuchan, porque no es poca cosa perderse la letra. Podemos llegar a bailar canciones con letras terriblemente dramáticas de la manera más alegre (reflexiones hechas con Jorge Lazaroff hace unos días en el TUMP). La forma de escuchar al **rock**, por lo tanto, no es tan universal como se piensa. Partiendo de esto llegamos a otra pregunta. **¿Qué han hecho en nuestros países dependientes los buenos grupos que, al gustarles el** rock**, quieren trabajar con su lenguaje?**

Nuestro origen cultural pesa más de lo que suponemos y de aquí la causa de transformar inconscientemente lo que percibimos como código roquero. De cualquier manera, al estar bombardeados desde hace mucho tiempo por sus productos podemos llegar a entenderlo relativamente bien. Lo interesante es que todas las dificultades o variantes que se dan en su audición, debido al trasplante son las que han sido usadas por los buenos grupos con personalidad para lograr resultados creativos desarrollando las diferencias. Cuando se parte de desconocerlas se obtienen resultados caricaturescos. El público mismo se da cuenta. En el festival Montevideo Rock la gente reía en bloque cuando algún grupo novato intentaba desesperadamente remedar determinados gritos, movimientos o ritos que habían visto por televisión de sus grupos preferidos.

Funciona así la vieja fórmula: lo que nos llega puede ser usado y absorbido para extraer lo que nos sirva, o puede terminar usándonos a nosotros. Sobre esto pueden ocurrir infinidad de situaciones. Oír a John Lennon puede ser una influencia mucho más saludable que oír a un mediocre grupo populista latinoamericano. Hacer canciones iguales que las de Lennon puede no tener mayor virtud que la de haber comprendido su estilo y en consecuencia hacer una buena imitación. Sonar igual que un buen grupo roquero británico puede incorporar el desprejuicio y la inventiva que quizás éste posea y canalizar el descontento contra la chatura imaginativa y el esquematismo artístico de algunos productos locales. Pero abrir una sucursal del producto sin el filtro de las propias necesidades culturales es incorporar la famosa rebeldía e irreverencias envasadas, con el espejismo de estar contra todo, que es un estar contra nada. Redituable e inofensiva protesta.

Cuando los jóvenes actuales que hacen **rock** rechazan en forma irreflexiva las críticas izquierdosas burdas de que están "colonizados", corren el riesgo de caer en la trampa de los intereses burgueses que los esperan con los brazos abiertos. Tendrían que lograr trascender a ambos para demostrar que fórmulas roqueras empleadas de determinada manera pueden tener mucho más que ver con lo nacional y popular que una repetición y utilización reaccionarias, por parte del sistema, de fórmulas esclerosadas (por ejemplo en la utilización de la nostalgia tanguera a lo "Grandes valores del tango"). El asunto es que nada se circunscribe en géneros: una chamarrita también puede hacerse en forma muy nueva, creativa, contemporánea y vanguardista, un **rock** en forma repetitiva y vieja. Basarse en el origen de determinados ritmos para juzgarlos es un error. "Hay que examinar su uso y la relación con los dispositivos de poder actuantes en cada coyuntura", dice Néstor García Canclini. La forma en cómo ha incorporado elementos de **rock** Jaime Roos es muy diferente a cómo lo ha hecho el grupo chileno "Valija diplomática" que estuvo en el reciente festival. Más allá de resultar muy simpáticos, y sin intentar faltarles el respeto, sonaban bastante intrascendentes. Si tomamos el caso de Jaime diríamos que los elementos tomados del lenguaje roquero fueron muy productivos; si tomamos el caso del grupo chileno diríamos que "el **rock** es alienante" (aunque quizás no más que un candombe armonizado y cantado como coro de iglesia).

A nadie se le puede negar, por supuesto, el querer hacer música exactamente igual a tal o cual grupo o solista europeo o norteamericano (aunque en realidad ellos se divierten cuando nos oyen como nosotros con los europeos haciendo tangos). Todos lo hemos hecho por placer y es una parte importante del aprendizaje. Pero cuando se hace en público y por lo tanto se influye sobre otros, es lógico que se dé una discusión sobre su valor social.

Como se sabe, nada en este mundo es imparcial. El **rock** está ocupando un lugar importante en determinados sectores del movimiento cultural nacional. Dado que, como ya dijimos, las notas así como las armas no tienen ideología, el tiempo dirá a qué intereses acabaron respondiendo las personas que las manejan.

La pulseada comienza a darse con muchas manos en juego. En notas periodísticas que se le han hecho a compañeros músicos de **rock**, se vé un sentido crítico y una calidad humana que auspicia un buen final para esa pulseada. Que así sea. ●